

**BIBLIOTECA CANARIA**

**ESCRITORES ISLEÑOS**

---

**Tradiciones y anécdotas  
canarias**

POR

**BENITO PEREZ ARMAS**



**LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)**

**Santa Cruz de Tenerife**

©/25  
**ESCRITORES ISLEÑOS**

**Tradiciones y anécdotas  
canarias**

**POR**

**BENITO PEREZ ARMAS**

**X X X**

**LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)**

**Santa Cruz de Tenerife**

**LA TRAGICA MUERTE DEL HIJO  
DEL ADELANTADO**



No están conformes la Historia y la Tradición acerca de cuál fué la causa de que el hijo mayor de don Alonso Fernández de Lugo dejara esta vida antes de tiempo. Tal divergencia engendró la necesidad de que solícitos y competentes escritores practicasen prolijas investigaciones. De ellas resulta no ser cierto que don Fernando—así se llamó el primogénito—muriese en Africa, en la batalla de las Torres, en gloriosa compañía de Pedro Benítez («El Tuerto») y Fernando de Lugo, como afirmaron Gandara, primero, y Salazar de Castro y Viera y Clavijo, después. La razón es obvia: aquella batalla se libró en 1501, y consta, de documentos irrefutables, que en 4 de Marzo de 1506 prestaba declaración aquí, en La Laguna, el referido vástago, ante el Inquisidor Tribaldos. Existen, además, otras muchas pruebas, que reputamos ociosas, por ser la expuesta de las que no han menester corroboraciones.

De cuánto hemos podido averiguar, respecto al debatido asunto, inferimos que don Fernando murió en La Laguna—sus restos están en la Parroquia de la Concepción—y en circunstancias poco honorables, a juzgar por el empeño que se puso en ocultarlas.

Conocida la fullería de los que por historiadores quisieron pasar, ¿por qué no hemos de conceder crédito a la Tradición?... ¿No es de presumir que la verdad, mal encubierta de supercherías, hizo su camino de labio a labio, hasta llegar a nosotros?...

Allá va la anécdota; y como dicen los italianos: «se non e vero e benè trovato».

Don Alonso Fernández de Lugo, sus deudos, amigos y vasallos se establecieron, finalizada la conquista, en la prominencia que después se llamó «Lomo de la Concepción», por razones de orden práctico que la Historia examina y que aquí no viene a cuento. Allí edificó el adelantado su primitiva casa, y al cobijo de ella se agruparon las de los restantes pobladores de la naciente ciudad de Agüere.

Como eran gentes de fe, ganosas de merecer el amparo del Cielo, así para negocios de esta vida, como de la otra, comenzaron al poco tiempo de establecidas a levantar la

iglesia de Nuestra Señora de la Concepción. Es fama, y ello consta también de documentos irrefutables, que el propio conquistador, y los de su estirpe, arrimaron el hombre a maderas, sillares y otros elementos de construcción, en prueba del entusiasmo con que grandes y pequeños debían mirar la obra... ¡Si hoy fuera así, férvidos patriotas!

Estaba aún a medio hacer la iglesia Matriz, pero ya utilizable para el culto y las deliberaciones públicas del Conquistador y los que con él compartían el gobierno de la isla, cuando ocurrió el malhadado suceso que dividiera, durante siglos, en dos bandos y dos mitades la ciudad: Villa de arriba y Villa de abajo, cada una con sus pruritos, sus afanes, sus matones y sus parroquias, según luego se verá.

A fuer de hombre de acción y poblador, tuvo don Alonso tres mujeres, y la primera le dió dos sucesores (don Fernando y don Pedro), ambos garridos, inteligentes y esforzados. Vivían con su padre, recibiendo el buen ejemplo de sus moderadas costumbres, prudencia y tacto, pero al mayor (cata aquí la fragilidad del alma humana) le sacó de re-

zón una linda joven de las que ahora dicen despampanantes.

No se daba partido, ante los requerimientos de don Fernando, porque vivía muy en sí, o mejor dicho en otro, que era un apuesto Capitán de las guerrillas del Conquistador.

Apremiado el de Lugo, por sus anhelos y los desvíos de la moza, buscó una Celestina—de las que siempre hubo para empresas de amor en que medien el oro o la privanza—y concertó, muy sigilosamente, un golpe de mano con el auxilio de dos de sus secuaces. Era el propósito hacerse con la joven, raptarla, y, según se colige, dejarle luego al Capitán lo que sobrase...

Pero he aquí que hubo soplo—quizá de la misma Celestina que percibiera doble estipendio en una sola jornada—y el Capitán se puso al acecho en cierto rincón aledaño a la calle en que la dama tenía su vivienda.

Era una noche de Otoño, oscura y lluviosa, de las que menudean en La Laguna así que las nieblas descienden al llano. Parpadeó tímidamente el foco de una linterna, escudriñando en las sombras, y en cuanto se orientaron anduvieron presurosos, calle adelante, el primogénito y los suyos, portando una escalera.

Ya la apoyaban en la pared del aposento de la joven, cuando el Capitán avanzó hasta el grupo, y encarándose con don Fernando, le dijo:

—¡En poco me tienes u en ninguno, follón! ¡No hayas miedo y presto a las espaldas!

—¡Plugo a Dios que hayas venido, villano! ¡Ten la lengua y a los aceros!—contestó el de Lugo.

Comenzó el choque, con gran empuje por ambas partes, y los vasallos se ausentaron para dar nuevas del suceso.

De pronto fué mal herido don Fernando, y al caer gritó:

—¡Holgado estás! ¡Muerto soy, Capitán! Adquirida por éste la certidumbre de su triunfo huyó ligero hacia la parroquia Matriz, por una de cuyas puertas penetró merced a la llave de que con antelación le proveyera un forjador, su amigo y confidente.

Al aviso de los vasallos del de Lugo acudió tropel de hombres armados, y tal fué el tumulto que se levantara al ver el cadáver, que todos los vecinos de los contornos se congregaron en la calleja, actualmente llamada de San José.

No fué logrado el Capitán, a quien se pro-

curara en todas direcciones, pero a la amanecida se supo que había penetrado fugitivo en la Concepción.

Fuéronse los alborotadores a la casa parroquial (adosada al templo), y golpearon en la puerta hasta que la abrió el cura, Hernán García, diciendo:

—¡Idos con Dios, buenas gentes, que el capitán se acoge a la inmunidad del templo! Por derecho de asilo, sólo a Dios pertenece. ¡Largo de aquí, so delito de profanación!

Desconcertados y mohinos acudieron al Adelantado, quien, a pesar de la moderación de su alma montó en cólera, porque el dolor de padre se sobrepuso a todo otro sentimiento, y envió al cura un ultimatum por conducto de sus privados. No cedió Hernán García a la entrega del Capitán, y como alguno de los presentes osara intimidarle, repuso:

—¡Noticiad al Conquistador que si fuera tanta su demencia venga él por el refugiado, pero advertidle que antes de llevarle acaecerá mi muerte! ¡Mientras tanto es bien callar, gentes de mesnada, que las habéis con quien no se rinde más que ante su Señor!

Divulgáronse todos los pormenores del hecho, y al alma popular se puso del lado del

cura y del matador, con tal ardimiento, que don Alonso dió de mano el asunto, herido en su dignidad, o quizás atormentado de religiosas preocupaciones, (más que ganoso de evitar revueltas y motines como algunos entendieran) y se fué a vivir al otro extremo de la población, decidido a no volver a pisar aquellos lugares, ni a ver siquiera la iglesia Matriz.

Al efecto hizo edificar su segunda casa en el sitio en que hoy está la iglesia de las monjas Dominicanas; mando a torcer la calle de la Carrera—que había trazado recta, como todas las otras de la ciudad—y decidió cumplir sus deberes religiosos en la ermita de San Miguel.

A seguida se dió comienzo a la construcción de la parroquia de los Remedios—cuando la otra no estaba aún terminada y era más que suficiente para las necesidades de entonces—y don Alonso puso todos sus valimientos a favor de aquel empeño, con tal ahinco y parcialidad, que dió origen a las luchas que relata la Historia.

Y desde entonces viene el pugilato famoso: ¡villa arriba y villa abajo! ¡«Gresudos» y «Vinagres»!



# LA SANTA Y EL CORSARIO



## ANVERSO

Trasladémonos a los últimos días del siglo XVII. La tarde es como una caricia de luz en el patio del Convento de las Dominicas de Santa Catalina de Sena. Las preces de las monjas levantan susurros de pájaros en vuelo. Todo es paz en las almas y las cosas. María de Jesús, la Sierva de Dios, la iluminada, está practicando sus cotidianas oraciones. 'Acaso se flagela, acaso fluye su sangre en las heridas que al morir le hallaron en el pecho y las espaldas...

Triunfante de la Calumnia ya no se pone en pleito su santidad, ya todas sus Hermanas, de la Priora abajo, le tributan veneración, y su nombre, como un resplandor divino llena el Convento, rebasa La Laguna e irrumpe por todos los pueblos de las islas... Igual que Teresa de Jesús venció las acechanzas; igual que Teresa de Jesús vive sin

vivir en sí; igual que Teresa de Jesús, por la humildad, la pobreza, la resignación y el sacrificio, llega hasta su Amado y en arrobos y transportes con El se comunica, más allá de la Tierra, donde todo es Fe, Enigma y Misterio...

Aquel día la Sierva de Dios estuvo triste, ensimismada, ausente de sí, hasta poner en cuidado a la Comunidad que la creyera adolecida.

De pronto se oyó en la celda en que oraba un rumor extraño, como de lucha, que hizo crujir los maderos del piso y de la puerta. La Comunidad, angustiada, estremecida, corrió hacia el aposento de la Siervita en el instante en que apareciera diciendo:

¡Albricias, albricias, que el Señor me ha oído! ¡Albricias, albricias que el peligro pasó!...

Quiso la Comunidad conocer el motivo de tales exclamaciones, y ella repuso:

—¡Amemos al Señor! No más os digo, ¡Amemos al Señor!

## REVERSO

El corsario don Amaro Rodríguez Felipe venía con los suyos, en la nave «Fortuna».

de regreso a Tenerife. Era cuantioso el cargamento que conducía el valiente y católico navegante, de años atrás amado y protegido de la Sierva.

El gaviero que oteaba en la cofa, gritó:

—¡Buque pirata! ¡Bandera turca!

—¡La de Castilla! ¡Presto la de Castilla y a las armas!—gritó el corsario.

A seguida el pendón morado, del sol que no se ponía, tremoló altivo en el «Fortuna».

...Después los garfios; el abordaje; la feroz pelea; el cuerpo a cuerpo, sin tregua ni cuartel... Eran más los turcos y los de don Amaro iban vencidos, pero entonces el corsario, creyente y caballero, imploró el auxilio de la Sierva, y ésta se le apareció y le dijo:

—¡Animo!; ¡no temas, Dios está de tu parte!

Confortado el caudillo, sus huestes lo siguieron con terrible denuedo, y la bandera enemiga se arrió en testimonio de rendición y vasallaje. Quedaron los turcos prisioneros, y el corsario continuó su marcha con la presa que el favor de la Sierva le había proporcionado...

Sin quitarla del pensamiento, ni día ni noche, como él dijera, llegó a Santa Cruz e in-

mediatamente subió a La Laguna para tributarle el testimonio de su gratitud.

Al verla cayó de rodillas, diciendo:

—¡Amada y Santa protectora: te debemos la vida! ¡Todo es tuyo, hija de Jesús!

Dióle la mano la Sierva y alzándolo, expresó:

—Levántate que ofendes al Cielo. Nada me pertenece: ¡todo es de Dios!

La Comunidad quedó sobrecogida, mientras la Priora, leyendo un papel, exclamaba:

—¡El mismo día y a la misma hora! ¡Milagro, milagro!...

Y otra vez rumor de preces, como susurro de pájaros en vuelo, volvió a sonar en el patio de las Dominicas de Santa Catalina, en la quietud dorada de una tarde impercedera en la memoria de los puros y creyentes corazones.

# LAS PARRANDAS



El viejo manuscrito, trazado por un sacerdote, en que se consigna la anécdota que voy a referir, no precisa el año del suceso. Sólo se sabe que fué en el siglo XVIII, en la última época de los alcaldes corregidores.

Era entonces la Villa de la Orotava la segunda población de Tenerife y compartía con La Laguna el honor de ser asiento y residencia de las familias más aristócratas y afincadas del Archipiélago. Hubo allí siempre una sociedad escogida, ecuaníme, temerosa de Dios, solícita del espíritu de clase y como en el presente, muy unida y emparentada.

Abajo hallábase el estado llano, las gentes de oficio, los aparceros, «cachorra» en mano, diciendo su merced, siempre que pasara el hidalgo, el caballero, la dama o el sacerdote ..

Debe manifestarse, por fueros de justicia, que a pesar de las distancias y las cercas, los de arriba y los de abajo se estimaban y con-

vivían en un ambiente de paz porque los unos eran buenos, y los otros no carecían de lo necesario para matar el hambre y espantar las penas, entre tragos de vino, cantando y bailando tajarastes, folías y saltos nas ..

La pintoresca villa, tendida en el regazo del Valle, en anfiteatro, como si cada habitante se hubiese preocupado de que el vecino no le quitara la vista del fastuoso panorama; la de los jardines perpetuamente florecidos; la de las vías blasonadas por las que cruza el agua recién surgida de los abismos del volcán, ebria de libertad; la que arriba, en la cumbre, tiene el espectáculo de la nieve a las veces con reflejos de bronce florentino, y abajo el mar, la rompiente, la espuma, una vela, un trasatlántico... la silueta entre nubes de la isla de la Palma donde nació Tanansú y duerme la leyenda de una raza...

La egregia villa, decimos, debe ser la cuna de las folías, de nuestro canto popular, mitad suspiro, mitad beso, donde añora errante el genio del pueblo aborigen y trova amores, transida de emoción, el alma isleña...

Sea de ello lo que fuere—y perdónese nos la digresión—lo cierto es que al decir

del cura, la gente joven de la Orotava sentía antes, como ahora, vivísima pasión por las folías. ¡Ah, las parrandas, sobre todo los sábados por la noche, con guitarra y acompañamiento de «timple» después que terminaban los bailes y dormía el vecindario!...

Por los tiempos a que me vengo refiriendo era alcalde corregidor de la Orotava un aristócrata ordenancista, severo, de quien se decía que ni en la cama dejara el bastón de mando y el espadín. Era pequeño, mal encarado, bizco, muy pulcro en el vestir, solterón y fanáticamente religioso.

Un domingo, a la salida de misa, los alguaciles pregonaron un bando, a tambor batiente, prohibiendo las parrandas nocturnas: De las ocho de la noche en adelante, ni días de labor ni feriados, era lícito turbar la paz del vecindario con músicas o cantos, sin especial permiso del señor alcalde corregidor...

Ni que decir tiene que la juventud de la Orotava quedó consternada. Durante aquel día y la semana siguiente no se habló de otra cosa, pero nadie se atrevió, ¡pobre del que tal osara!, a contravenir el bando... Silenciosas, tristes, las calles de la villa tuvieron que conformarse con el canto del agua de las acequias y el grito sostenido de los serenos

anunciando las horas y el estado del tiempo...

En la Villa Arriba, en determinado figón que el manuscrito no precisa, se reunieron una noche con grandes misterios los más afamados parrandistas decididos a trazar un plan para concluir con el bando. ¡No faltaba más! Si era menester, ahí estaba América; la expatriación, cualquier cosa, antes que renunciar a las parrandas...

Y fué así:

En cierta calleja, más empinada que la Cuesta de la Amargura, donde sólo había un farolejo de aceite alumbrando al Cristo del Gran Poder, aledaña al muro de un jardín había una casita de dos pisos. Vivía allí una señora cuarentona, de exuberantes formas, que había sido guapa y ahora era pretensiosa, a quien el corregidor hacía frecuentes visitas por razones de parentesco.

Los parrandistas estaban en la historia y más de una vez le habían cogido «el güiro» al corregidor, cuando a las altas horas de la noche, después de retirar toda vigilancia de aquellos contornos, penetraba envuelto en la capa, sin el sombrero de picos, ni la hevilla en los zapatos, previas tres toses, por la puer-

ta de la casita alcaña a los muros del jardín...

El corregidor, en amores, como en todo, era metódico. Así, pues, el plan pudo precisarse, fijando día y hora...

Pausadamente sonaron las 12 y apareció el cuerpo menudillo y ágil del señor corregidor. Cuatro de los parrandistas estaban en la azotea: dos en la tapia, casi laminados, ocultos en una sinuosidad de la pared; los demás guardando las boca-calles...

A la primera tos el corregidor fué levantado en vilo con un lazo escurridizo, sujeto por la mitad del cuerpo y mientras tanto le arrebatában el pito que usara para avisar a los alguaciles. Un tirón más y quedó a mitad del frontis, como un pelele, echando ternos y fulminando amenazas.

—Nada te salvará, le gritaron, nos perteneces y si gritas te estréllaremos, hipócrita. Ríndete, capitula y nada te pasará.

Súbitamente se abrió una ventana baja y la voz de la cuarentona intentó gritar ¡so...! Una mano irreverente, brutal, la quitó el carmín de los labios...

—¡So...!

La irreverencia se convirtió en escarnio.

Al fin el corregidor, el hombre inflexible, dijo:

—¿Qué queréis? ¿Qué gente sois? ¿Qué justifica esta rufianería?

—Que derogues el bando de las parrandas; que permitas cantar y tocar las folías, porque de lo contrario, muerto ahora si insistes en la orden; o difamados y vilipendiados públicamente mañana tú y tu parienta, si la reproduces... Elige, a elegir...

—Otorgado. Derogo el bando.

—¿Palabra de caballero o de corregidor?

—De caballero.

—Bien—dijo una voz—pues advierte que caballeros y algunos, parientes tuyos, somos nosotros también. Nada se sabrá si cumples. ¡Libertad de amor para todos!...

Desde entonces no han tenido más interrupción las parrandas, y las folías recobraron su definitivo imperio en todas las poblaciones isleñas.

# ZAPATERO A TUS ZAPATOS



**Epoca:** último tercio del siglo pasado. **Localidad:** una población de Tenerife que siempre tuvo crecido golpe de gentes de buen humor con cierto sentido pagano de la vida. **Personajes:** Señor Manuel «Parranda»; su mujer, «La Foña», y el Indiano del «Peñón», rico hacendado de extensos cafetales en Venezuela.

Señor Manuel «Parranda» era de profesión zapatero; de ideología, republicano zorrillista; de carácter jovial y comunicativo. Trabajaba de lunes a sábado mientras había luz solar; pero a esas horas requería el requinto, y acompañado de sus amigos salía indefectiblemente de parranda. Era su única expansión, y «La Foña», después de reñir terribles batallas, se había resignado a verle partir con la unción y puntualidad de quien se consagra a un rito sagrado, y regresar los domingos, bien entrado el día, «más molido que acemite», y a las veces increpando al

Alcalde y maldiciendo de los guardias municipales.

«La Foña» había sido una real hembra y conservaba todavía vestigios de su antiguo esplendor. Su porte de matrona, y la opulencia de los senos, hinchaba aún las venas de los oficiales jóvenes de la zapatería. Era honrada a carta cabal, «comechosa», expedita de lengua y limpia hasta la exageración. Se consideraba muy por encima de su marido en achaques de administración, y hasta en rango social; pero ello no fué obstáculo a que vivieran felices, e identificados, incluso en la pena de no tener sucesión.

El Indiano del «Peñón» fué el amigo inseparable del señor Manuel «Parranda» en los años juveniles; juntos aprendieron los deportes de la lucha, el juego del palo, la caza y la natación, a que se entregaron frenéticamente hasta cumplir los doce años. Después el uno se fué a Venezuela, en busca de fortuna, y el otro a manejar el tirapié y esgrimir la lezna, en el aprendizaje de su oficio.

Al cabo de muchos años, no menos de veinte, se presentó de súbito el indiano del «Peñón» con más «morocotas» que pelos, una cadena de oro bastante para fondear un candray y varios dientes de oro. No se hubieran reco-

nocido si se encuentran en la calle. El indiano tenía en sus maneras la solemnidad que a veces presta el dinero y en sus juicios la firmeza peculiar de los hombres eficientes, prácticos, que supieron imponerse y vencer. Lo llamaban del «Peñón» por ser éste el nombre de la finca en que su padre fué destripaterrones y que él adquirió al regresar para construir la lujosa residencia en que entonces viviera. Asiduamente visitaba la zapatería de «Parranda»—el amigo que más recordara en Venezuela, según decía— y le daba consejos. Era menester que se dignificase conquistando su independencia económica y que se despojara de ciertas malas costumbres. Allí estaba él para adelantarle «la plata» necesaria al primer impulso, y hasta darle su aval, si fuera indispensable. «¡Quería hacerle un hombre!».

La ambición se adueñó del alma de «La Foña» hasta convertirla en boguera: «¡iban a ser ricos, tener casa propia y servidumbre... ¡Dios se les había metido por la puerta!».

Señor Manuel opuso algunos reparos: sus pocos conocimientos de Aritmética; sus numerosas amistades en la clase pobre... los fiados... pero tuvo que sucumbir ante los asedios de «La Foña» y las exhortaciones del indiano.

La zapatería se transformó en lujoso establecimiento, de amplios armarios y anaqueles rebosantes de zapatos, botas, cueros, estambres, cordones, hormas y toda la gama de artículos que constituyen una peletería, y... naturalmente, «Parranda» se dignificó, llevando una vida ordenada, retraída, austera, sin vasos de vino, ni juergas, ni improvisaciones de coplas a que siempre fué tan aficionado, según correspondía a su nueva clase social...

Transcurrió un año. Señor Manuel se debatía acuciado de zozobras entre facturas, recibos, letras y fiados, más triste que pájaro nacido en la libertad y que condenaran a cautiverio. Por último, después de una noche de insomnio en que según confesara amaneció con la «cabeza como una olla», le gritó imperativamente a su mujer: «¡Esto se acabó! ¡Que los demonios se lleven la venta y al indiano también! Cada cual con lo que se crió. Hoy mismo empiezo a realizar... y ¡Viva don Manuel Zorrilla!».

Así fué. En pocas semanas desaparecieron las existencias del establecimiento, saldó sus cuentas, y encarándose con «La Foña» le dijo: «Aquí tienes la lista de los fiados que es

nuestra única ganancia; cóbrala si puedes y no me des un cuarto. ¡Todo para tí!».

La zapatería volvió a su primitivo estado, la misma gran mesa central en que el maestro manejara certeramente la cuchilla; iguales banquetas con los antiguos oficiales sentados formando corro; las innúmeras jaulas de canarios, mirlos, pintados y capirotos, que aturdían de sol a sol, y el retrato de don Manuel Zorrilla, presidiendo el cónclave.

Expiraba el año, y aquella noche, para celebrar la entrada del nuevo, señor Manuel salió de parranda en compañía de varios amigos, cantando con su potente voz de barítono, la siguiente copla:

Zapatero a tus zapatos,  
Y suerte al que Dios la dió;  
Que yo saqué de la venta  
Lo que el negro del sermón.



**¡UNA CLARABOYA!**



Os presento a Cristóbal Tolentino. No vayáis a creer que mi presentado es persona de alta alcurnia, distinguidas maneras y rara ilustración, porque sufriríais grave engaño. Cristóbal Tolentino es uno de nuestros esclarecidos magos o «peludos», como decimos hoy. Veintiseis primaveras hace sobre poco más o menos que el perúclito don Fausto le «hizo gente», echándole el agua bautismal.

Os juro por mi fe de escritor sincero, que Cristóbal Tolentino es todo un mozo de reñíos. En Tegueste, su pueblo natal, y en todas las comarcas vecinas, no hay otro que le iguale en puños y decisión. No teme él, seguro de su pujanza, echar una «caída» con el más guapo, y en lo de repartir «piñas» o administrar «variscazos» las noches de fiesta, puede calificársele de maestro.

En honor de la verdad, y para descargo de mi conciencia, he de decir que Cristóbal Tolentino no descuella tanto como en las habi-

lidades referidas, en las de labrar los campos y hacerlos producir. ¡Qué distintas diligencias pone en los unos y los otros empeños!

Pero esto no hace al caso y no quiero que perdáis más tiempo en inútiles averiguaciones. Lo que sí he de manifestaros, es que Cristóbal Tolentino tiene un tío con bastantes «riales» y que el tal tío es un indiano fresquecito, vamos, que concluye de llegar «de ahí», de la propia Cuba. ¡Qué ufano está Cristóbal Tolentino con esto y con un sombrero de «jipi-japa» que le ha regalado su pariente!

¡Cualquiera le toque a él! Oyendo las narraciones y cuentos de su tío, ha aprendido una serie de terminachos, a cual más extravagante, y con esto y la circunstancia de saber echar la firma, previas cien muecas, no pocas gotas de sudor y trescientas contorsiones, se cree él todo un hombre de letras. Muchos de sus convecinos, ya porque son más cejorros que él, ya porque le oyen con esa veneración y respeto que tales gentes dispensan a quien la fama ha consagrado como mozo crudo y luchador invencible, creen en la ciencia de Cristóbal Tolentino. «Es el diablo este demonio de Cristóbal; de todo sabe,» sue-

len decir, al cabo de oírles como panarras, con las bocas abiertas.

Un domingo, después de oír misa, iba Cristóbal Tolentino a campo traviesa, en dirección a la carretera. Llevaba encima las mejores prendas que entraban en su caja de cedro: calzón corto de cordoncillo, camisa de casero con «puntilla de zardina», chaleco de colores, amplia faja, medias de randa bordadas, gruesísimos y chillones zapatos, y, como es lógico, el «jipi-japa» acostado sobre la oreja derecha, flamante, impoluto, tentador.

El día, a pesar de ser de Diciembre, era espléndido. El alegre valle donde tiene sus reales el simpático pueblecito de Tegueste, estaba inundado de luz vivísima, cegadora. Sólo allá, en las alturas de las montañas de Pedro Álvarez, donde el bosque es impenetrable, danzaban unas nieblecillas que ora se esparcían por toda la ladera, ora se replegaban, como si fueran formadas por el humo de un incendio lejano. De allí venía también un remujillo que ensanchaba alegremente los pulmones y presagiaba fresco así que el sol se despidiera por las montañas que esconden a la punta del Hidalgo Pobre.

Cristóbal Tolentino, que no siente las bellezas de la naturaleza sino como un buey o

una cabra, no comprendía, seguramente, toda la hermosura de aquel valle y caminaba muy orondo dándole las últimas chupadas al inevitable puro (¡y tan puro!) de los domingos y fiestas de guardar.

Cerca ya de la carretera, entró en una casa recién construída, mejor dicho, no terminada aún, a la sazón en que también entraba cierto afamado maestro de mampostería, hijo de la ciudad de La Laguna. Examinó la nueva vivienda el perito aludido y dijo en tono de suficiencia: «no ha quedado mala pieza, pero le falta una claraboya.»

Al escuchar esto Cristóbal Tolentino, ladeó la cabeza como las aves cuando miran a lo alto, guiñó un ojo y repitió en voz baja sucesivas veces: «claraboya, claraboya, claraboya...»

Aquella noche, Cristóbal Tolentino, como si estuviera obseso, siguió repitiendo mentalmente: «claraboya, claraboya». Sin duda él no conocía, ¡cosa rara!, aquella endemoniada palabreja.

Cantaban aún los gallos, a la mañana siguiente, hasta pelarse los gaznates, cuando Cristóbal Tolentino, transformado en «peludo» cotidiano, esto es, sin galas de domingo,

y provisto de manta y garrote, se echó al campo.

A la media hora de andar llegó Cristóbal Tolentino a una propiedad donde se estaban llevando a término importantes trabajos de desmonte y allanamiento de tierras. El día había ya aclarado un poco, pero aún lucían los objetos circundados de la neblina, borrosos, como difuminados.

Cristóbal dejó el camino, se acercó a los trabajadores y después de las saluciones de ritual, se echó para atrás la manta, se afianzó con las dos manos en el grueso garrote y dijo: «buena, buena pieza, pero pa mí le jallo un defeto.»

Los trabajadores quedaron inmóviles como esperando una segunda parte, el «defeto». El más viejo de todos, parando las vacas con que araba, miró a Cristóbal, haciendo la mueca de hundir fuertemente los labios como si quisiera probar que no tenía restos de dentadura, y le preguntó: «¿que defeto es ese?»

Cristóbal carraspeó entonces fuertemente y con el aplomo, la seguridad que presta la suficiencia, dijo: «jallo que le falta una claraboya.»

¡Una claraboya!

**- A PERPETUO SILENCIO**

El diablo quiso que los dos compadres tuviesen un altercado en materia de derecho civil.

La noticia corrió por todo el pueblo con este comentario tan breve como elocuente: «se arruinan: de esta vez se arruinan».

La cuestión valía bien poca cosa; se trataba de establecer los linderos de dos propiedades contiguas; dos trozadas de tierra de pan llevar, y el uno de los compadres se empeñaba en que le correspondía cierta rinconada, y el otro sostenía en que era su legítimo y verdadero dueño. ¡Zañbra jurídica al canto!

Los compadres eran dos abogados de seque-ro, dos rústicos atacados de la fiebre de los pleitos. Por cualquier bagatela allá te van mamotretos de papel sellado, chorros de onzas, vueltas y revueltas. Esta clase de tipos, que fueron tan comunes en Canarias, van ya afortunadamente desapareciendo. Muy pocos hoy, por puntillos de amor propio, pierden



sus caudales y se enzarzan en los abrojos de una curia hambrienta, dispuesta en toda ocasión a «cultivar» pleitos, convirtiéndolo en industria lo que debe ser noble y honrada profesión.

Los compadres se querían mucho; eran muy amigos, se auxiliaban en las cosas de la vida, pero no consentían, ¡eso nunca!, en ceder sus derechos.

Vamos, que estaban frente a frente dos pleitistas rabiosos, dispuestos a arruinarse si era menester, antes que entrar en arreglos pacíficos. Para algo se han escrito las leyes, y tan amigos, porque cada uno tenía su «punto de vista» y «su criterio», y era necesario saber quién estaba en lo firme.

Empezó el pleito en el Juzgado de la villa de la Orotava y con él los viajes por la cumbre (pues vivían en un pueblecito del sur de la isla): los gastos, las arremetidas de los procuradores, etc., etc. Los compadres no se daban momento de reposo, seguían con ansiedad todos los incidentes, todos los largos escritos de la cuestión, pero sin confesarse sus secretos; hablaban de cuanto se les ocurría, y acerca del pleito, ni chistar. Mutuamente habían preparado para el día del triunfo estas o parecidas frasesillas:



—Ve usted compadré; cuando yo en asuntos de leyes digo una cosa, ni los escribanos deben contestar. Ahora arreglemos el asunto como mejor le parezca, que mi interés está ya terminado.

Al cabo de años supose en el pueblo que la cuestión iba a sentenciarse, y los dos compadres se pusieron en marcha. Iban juntos, montados en sus cabalgaduras, pero sin quebrantar el misterio, sin hablar acerca del asunto que les obligaba a dejar sus familias y suspender sus labores. Cada cual contaba con el triunfo, e iba rumiando el mismo pensamiento halagador.

Los respectivos procuradores les hicieron conocer la sentencia: a ninguno se le daba la razón; los linderos eran distintos de los que cada uno de los compadres pretendía, y «se les condenaba a perpetuo silencio».

Se quedaron chasqueadísimos, sin saber lo que les pasaba y sin decirse ni oxe ni moxte emprendieron el viaje de regreso. Ya a la vista del poblado no pudiendo contenerse más tiempo, uno de ellos, se volvió para el otro y le dijo:

—¿Qué le parece, compadre?

—¡Que ya no hay jueces, ni justicia, ni

tristō que lo fundó! ¡Miá que decirle a uno que no «jable» más!

—Ande y que cumpla la sentencia el juéz,  
—replicó el otro— ¡Pues no faltaba más;  
sobre mi lengua nō manda el papel sellado,  
y lo que siento es no poder apelar!...

La noticia fué festejada en el pueblo con una cencerrada mayúscula y la tierra en cuestión quedó erial para toda la vida.

**¡QUE TE PIERDES, PEDRO!**



## I

«¡Valientes dos «cachos» de hombre! ¡Lástima que no se den una «pechada» «pa» ver cuál es el que se queda en el terrero!», exclamaban infaliblemente todos los que conocían a maestro Pedro y a tío Antonio el de Tacoronte, famosísimos valentones que manejaron sus estacas allá por los comienzos de la presente centuria.

Maestro Pedro el cantero, como lo llamaban por tener el oficio de labrante, era hombre de buena estatura, de cuerpo recio y musculoso, aunque cenceño, y de muy pocas palabras. Todavía «magallote» ya gozaba prestigio en el terruño nativo, por los tremendos garrotazos que repartía y por la agilidad con que evitaba los de sus contrincantes. Los doctores de la guapeza y los maestros en el arte de tirar el palo le habían profetizado que si continuaba la senda emprendida lle-

garía a ser todo un hombre; y él, lleno de fervor, puso cuánto estaba al alcance de sus puños y caía bajo la jurisdicción de sus alien-tos, para no defraudar esperanzas tan halagüeñas.

Todas las vísperas de las fiestas le quitaba el polvo a su garrote de membrillero y comó si fuera a cumplir voto sagrado, se ponía en camino, no a requebrar mozas ni a «correr parrandas», como otros, sino a ver si se presentaba ocasión de dar «unos toquitos» para ensayar una «punta» o medirle las costillas a determinado jaquetón que escupía por el colmillo.

Después de visitar varios años la festividad de San Lorenzo, en el Valle; del Señor de la Salud, en Arona; de San Agustín, en Vilaflor; de San Luis, en Chiñama; de San Antonio, en Granadilla, y del Arcángel San Miguel en el pueblo de su nombre, conquistó maestro Pedro tal reputación, que desde el convento de Abona, por oriente, hasta traspasar la casa solariega de los Señores de Adeje, por occidente, nadie se le ponía delante en son de camorra.

¡Cuidado que en aquellos tiempos era peliagudillo llegar a ese caso! Pero, como él decía, buena colección de «jetas como jemes y cho»

chufos como brembillos» le había costado...

Su fama creció de tal suerte, que siendo las bandas del Sur poco espacio para contener tanta paliza, se había desbordado, digámoslo así, por la región del Norte, amenazando invadir toda la isla.

¡Y eso era imposible! ¡Un chasnero venirle con fanfarronadas a los del Norte! ¡Era necesario «meterle el resuello pa dentro»! ¡Pues no faltaba más!

«Tió» Antonio el de Tacoronte se había encargado de ello. «¡Ire a él con «cherches» del Sur... Se necesitaba no tener vergüenza!»

Era el tal hombre de malas pulgas, que tenía sólida fama de guapo en todo el norte de Tenerife, y se ganaba la torta vendiendo por esos mundos «corriales» y «corambres» de suela cruda.

Espoleado por el prurito, que siempre tuvo de no tolerar fama ajena y como era «ajoto», requirió su garrote de duraznero, se echó encima los bártulos del oficio, y cávalo con el «caquero» a medio lado, camino de la fiesta de San Miguel. Iba a pasar por el «brimbe» al valentón del Sur, y así lo decía tan rufio como persuadido de que era cosa de llegar y «bebérselo mesmamente» que si fuera un

jarro de agua de la pila... ¡Ya!; ¡lo tenía hecho tantas veces con otros pájaros «forfolinos» que le habían salido al encuentro!...

## II

La plaza de San Miguel estaba rodeada de ventorrillos hechos con palos y muselina de a «fisca». La fiesta prometía no terminar hasta bien entrada la noche. Cerca de la iglesia, en medio de un gran corro, se bailaban isas y más isas, mientras una vieja desgreñada, con voz vinosa, balanceándose a compás, cantaba el siguiente estribillo:

Por esa calle abajo  
va una gallina,  
con el huevo en el rabo  
la muy endina.

Casi en frente varios mozos y mozas, cubiertos de sudor, se hacían rajas al son de las vihuelas, apechugando con un interminable rosario de folías. Allí estaba el famoso cantador Panchito el ciscuelero, entonando a la sazón esta copla:

Lagarto verde y pinto  
torraballao en el riscó,

disgraciada la mujer  
que te mira pal jocico.

A más distancia era el «tajaraste» lo que privaba. Unas cuantas docenas de personas de ambos sexos, sin distinción de clases ni categorías, saltaban como poseídos de espíritus malévolos o picados de la tarántula. Talles eran las risotadas y los gritos, que apenas se oía el compás de un resoplido enorme y entrecortado, estas palabras:

No le jago mal, tía Mariya,  
que yo no tengo con qué;  
porque lo que yo teniya  
me lo ruyó un perinquén.

Todo era allí movimiento, alegría y algarazara. Los quejidos de los timplés, heridos brutalmente por manazas de cavador, resonaban por encima de todo como voces infantiles, con sonsonete pediguéño.

«Tío» Pedro el cantero y el de Tacoronte se tropezaron en un ventorrillo que daba frente por frente del teatro de muselina pintada, donde «se echa la comedias». Ambos, sin saludarse ni cruzar palabra, permanecieron algunos minutos en pie bebiendo a sorbitos la obligada copa de mistela, y apo-

yados en sus palos de reglamento, es decir que les llegaban por el hombro.

No estaban bebidos, ni era esa la cuenta, y se husmeaban mutuamente como dos perrazos que van a decidir cuál tira mejores dentelladas.

De pronto el de Tacoronete, mirando de cabo a rabo a maestro Pedro, le dijo en tono provocativo:

—¿Usted es?

Y tío Pedro contestó en igual forma:

—¡Yo soy!

Sin más reto ni más palabras, tomaron campo enarbolando los garrotes y se armó una de «no te menées». Las gentes acudieron solícitas para ver el choque de aquellos dos maestros en el arte de jugar al palo, pero se les «magnó» el gusto, porque el chasnero, sacrificando el lucimiento de reglas y filigranas a la presteza del porrazo, le atizó uno tan soberano a su rival, que le dejó tendido, al decir de los espectadores, «con los ojos saltándosele del casco».

Mucho se complacieron de lo ocurrido los del Sur, pero no por eso dejaron de levantar al tacoronetero y de llevarlo a una casa vecina, donde con unos tragos de aguardiente y «dale que te éstregó con vino de romero» lo

«empelecharon» lo bastante para que se volviera a sus patrios lares, con las manos en la quijada de abajo, «ocultando un verdugón como una muñeca»... Iba muy amostazado y jurando tomar el desquite con creces.

Maestro Pedro, como si nada hubiera pasado, se volvió al ventorrillo a charlar con la dueña, apétitosa y sazónada fruta que muy pronto le pertenecería, pues ya le habían «tirado del coro», dos de las tres veces que son de rúbrica.

Al llegar, rodeado de admiradores, su novia le dijo:

—¿Qué tal? Parece que le apretastes bien las clavijas. «Ya tiene pernil pa rato, si quí roer...»

Maestro Pedro sonrió despreciativamente y dijo:

—«Le quise enseñar una punta, pero no pude: El hombre no vale un «jigo» y al primer viaje se fué de varetas»... «¡Pa ese norte no hay más que fanfarria y familiaje alegador!...»

### III

Cosa de un año llevaba el tacorontero en hecho de ocasión para vengarse del palo de

la fiesta de San Miguel y nunca la lograba. Un día, por fin, supo que el maestro Pedro iba a la Orotava pasando por la cumbre, y se puso en camino acompañado de dos amigos de mano dura y alma atravesada. Ya no era la cuestión ventilar un pleito de guapos, sino el propósito inquebrantable de atizarle al maestro una terrible paliza.

Era por filo más de media noche, cuando el maestro Pedro, que ni en sueños sospechaba lo que iba a sucederle, abandonó a San Miguel en compañía de su costilla y con las alforjas colgadas del indispensable palo de membrillero.

Hacia una luna espléndida, y los caminantes con el paso sostenido de los montañeses, adelantaban terreno que era un bendición, por más que al apéchugar algunas cuestas se detenían con el pretexto ya de atar las correas de los zapatos, ya de encender la cachimba, a fin de cobrar ánimo, y descansar unos minutos. De esta suerte, y con tales respiros, fueron venciendo algunas leguas de tierra labradía, lomos calvos, barrancos, laderas y arenales... Allá a la madrugada, cuando la aurora rompe su broche de oro, y un remujillo, cortante como un acero, afeita que es un primor, llegaron a Guajara, sitio donde todo

viandante se detiene a dar un tintero al barrilete de vino, rubio como las candelas, y echar el «gainaz» de gofio a título de frugal e inocente desayuno... Quien a tales horas no haya pasado por aquellos lugares no sabe lo que es un panorama sublime.

Mirando hacia el sur se ve en el lejano horizonte, suspendido entre cielo y tierra, lo que los pastores llaman el «mar de los hurreños». Una serie de nubes vaporosas, de una blancura nítida, que semeja un océano alho de agua blandamente rizada por las caricias del cierzo... Un toldo hecho por arcángeles con blondas de espuma. No puede darse nada más fantástico... La flotante masa se abre algunas veces formando túneles misteriosos, en cuyo fondo se ve ora el verde de los campos de la costa, ora las aguas azules del Atlántico, ora caseríos borrosos de extrañas perspectivas... El sol envía sus primeras agujas de fuego, que centellean como ascuas de oro, y gradualmente los tonos se van juntando, fundiéndose, hasta que se admira una blancura ardiente, inflamada, fascinadora, magnífica...

Dando unos cuantos pasos en dirección al Norte, el paisaje varía por completo, y los nervios del espectador se estremecen inevi-

tablemente en una sacudida violenta. Durante unos segundos los ojos quedan fijos, con mirada absorta, mientras el espíritu parece vagar desligado de la materia... Es la impresión del abismo que forma el gran cráter de doce leguas de circuito, en cuyo centro se levanta el inmenso cono del Teide que, visto a tan corta distancia, obliga a pensar en cómo la isla no se hundió bajo aquella mole violácea que sube hasta tocar las nubes...

Por el pie del acantilado que forma la muralla del antiguo cráter, se encuentran las Cañadas, imponente y árida extensión de terreno inculto. Ante aquellas soledades muertas, el espíritu se siente agobiado y necesariamente se medita en la pequeñez humana. Todo duerme y todo se oye, el balido de una cabra salvaje que espantada levanta la cabeza para mirarnos fijamente, y el aleteo acompasado de los cuervos que se alejan perezosos como sombras que se van disipando con la distancia...

Por tales parajes iba el chasnero y su costilla, cuando, al doblar un peñasco, se encontraron con los tres agresores.

Velozmente se hizo cargo de la situación maestro Pedro, tan pronto como hubo reconocido al de Tacoronte, y dando un salto al mis-

mo tiempo que dejaba deslizar las alforjas por la espalda, le atizó un palo a su querida mujer en el nacimiento de la oreja derecha, con tal acierto que la hizo caer sin sentido.

Este tan rápido como inesperado suceso dejó estupefactos durante unos segundos a los tres aparecidos, y maestro Pedro, aprovechando la oportunidad, tiró un palo de abajo a arriba al más cercano de ellos, derribándole por tierra. Luego, con más viveza que se dice, acudió a atajarse un garrotazo de otro de los compañeros del de Tacoronte y al mismo tiempo dejó correr su palo hasta la frente del enemigo, para darle un terrible «puntazo» y hacerle también rodar.

En seguida, saliéndose del terreno con presteza y actitud garbeante, dijo al tío Antonio:

—«Ora» los dos solos, como es de regla.

El maestro Pedro se proponía dar a su enemigo una paliza atroz, y conforme a todos los principios del arte. Por eso no le atacó en seguida sino que antes bien le dejó reponerse de la sorpresa que todo lo visto le causara. Esta conducta no era hija de la hidalguía y la generosidad, ni mucho menos, sino de esa altivez faufarrona de los guapos, de ese garbo

soberano del que no conoce igual en achaques de valentía.

Era el tío Antonio corajudo, «cañoto» y jugador de palo largo, mientras el chasnero, listo como una centella, no cumplía con las «cuadras» en terreno fijo, y tiraba a «entrambas manos», según los principios clásicos de los guanches tinerfeños, «de trozo y punta» sin excluir los «palos corridos».

El primero de los citados contendientes pertenecía a la escuela mayorera, de «juego abierto», en que domina el molinete y «palo largo», sistema mejor para defensa que para ataque, y en el que si bien los efectos son terribles cuando alcanza, la velocidad está sacrificada a la potencia y los cuerpos se descubren más de lo conveniente. El segundo, esto es, el maestro Pedro, era discípulo de la escuela genuinamente tinerfeña, en que el juego es cerrado, ligan más los garrotes, el «desande» es rápido, privan los amagos y tan pronto se hace el quite con un extremo del palo, como se ataca con el otro. Este sistema exige hombres muy ágiles, perspicaces y de gran presencia de ánimo, cualidades en verdad no muy fáciles de reunir. Ni al maestro Pedro ni al tío Antonio le faltaban, y por

eso se arremetieron con las de Caín y sin pronunciar palabra.

¡Extraño lance de honor aquel, librado en las Cañadas y en una soledad que penetra los nervios con escalofríos de horror!...

No son para referidos los detalles del encuentro; basta decir que el chasnero, por esa siniestra complacencia del gato que antes de devorar al ratón juega con él hasta cansarlo, después de hacer sudar la gota gorda a su enemigo «pa demostrarle que no era nadie a su lado en cuanto a jugador de palo», le atizó un porrazo descomunal en el mismo sitio que le había dado el primero, «pa que de una vez aprendiera la punta».

Personas hay que afirman que el maestro Pedro remató la hazaña quitándole las armas a los vencidos y dándole en los tobillos sendos garrotazos a fin de que no pudieran «pisarle los talones» mientras estuviese en el camino... Lo cierto es que cuando pudo reanimar a su mujer con sorbos de vino, se puso nuevamente en marcha dejando como difuntos a los tres valentones «que habiendo ido por la na salieron trasquilados».

La noticia de lo sucedido se aventó por todo el Sur, y la gente andaba muy alcanzada de paciencia por conocer los motivos que tuvo

maestro Pedro para coménzar la célebre aventura dándole el primer golpe a su querida esposa, pues él no aclaraba el misterio y ella parecía conforme con lo sucedido, a juzgar por la sonrisa maliciosa con que contestaba a las acometidas de la curiosidad callejera...

Cierta tarde, un señor de San Miguel, a quien maestro Pedro guardaba muchos miramientos, después de darle al cantero algunos vasos de vino añejo de la pipa «santa», le formuló en términos apremiantes la pregunta que todos, como queda dicho, venían haciéndose.

El maestro se echó entonces el último sorbito, se rascó la cabeza y dijo:

—Señor, ¿«pa» qué me pregunta eso? ¿Pues su «mercé» no sabe lo que son las mujeres?... Si yo no le arrimo el toquito a la nia se me cuelga gritando: «¡Que te pierdes, Pedro, que te pierdes!» y de «sofate» nos dan una «chafeña» de palos que nos muelen los cuerpos como «asimite»... Lo cual con un «variscasito» todo tuvo remedio...

Quedóse el interpelante admirado de la perspectiva del maestro Pedro, y como contara a varias personas lo sucedido, desde aquel día se hizo proverbial la frase: «que te pierdes, Pedro».

